



LA CATEDRAL DE MÉJICO.

Hemos tenido la satisfacción de presentar á los suscritores del SEMANARIO algunos edificios sumamente notables de la capital de la república mejicana, y hoy les ofrecemos el grabado de uno de los mas principales y mejor acabados, entre los muchos que ostenta aquella gran ciudad.

La catedral de Méjico es una obra de arquitectura severa en sus detalles y capriciosa en su conjunto; ocupa el centro de una hermosísima alameda, á la que da frente su fachada principal, y se compone de un solo cuerpo, con otros accesorios por ambos costados. Sobre la puerta del medio se halla colocada el asta de la bandera nacional republicana, que solo se iza en las grandes festividades públicas, tanto políticas como religiosas, y á sus lados se elevan dos torres exactamente iguales, que embellecen singularmente la perspectiva exterior del templo.

El interior de este es magnífico por su delicado trabajo, por sus preciosas esculturas, por la suntuosidad de sus adornos y por las grandes riquezas que encierra. Uno de los imprescindibles cuidados del extranjero, que llega por la vez primera á Méjico, es visitar su catedral, y las inmensas alhajas de gran valor que se guardan en sus sacristías.

TEATRO DE ZARATE.

Todavía menos noticias que de los poetas que anteriormente nos han ocupado (1), tenemos del apreciable dramático cuyas discretas obras corren bajo el nombre de D. FERNANDO DE ZARATE. En ninguna de las biografías ni historias de nuestro teatro que conocemos, hallamos la mas leve indicacion de su personalidad; y si bien esto no es nuevo respecto de algunos de nuestros célebres escritores, parece que en este debe existir una causa mas absoluta para aquella negacion.

Esta causa (si hemos de creer al erudito y diligentísimo crítico el señor D. Adolfo de Castro, en una de las preciosas notas con que ha enriquecido el *Gil Blas de Santillana*) no es otra sino que el tal DON FERNANDO DE ZARATE, aunque tan célebre en nuestra literatura dramática, no existió jamás, sino que aquel nombre fué uno de convencion adoptado por D. Antonio Enrique Gomez, judío español y fugitivo de España, en donde habia sido quemado en estatus por la inquisicion, con el objeto de facilitar que sus comedias pudieran representarse en los teatros de su patria. El señor de Castro afirma que por los índices expurgatorios de fines del siglo XVII, consta que la inquisicion averiguó que D. FERNANDO DE ZARATE y D. Antonio Enrique Gomez era una misma persona.

Pero si guiados por tan absoluta aseveracion quisiéramos prescindir del uno de ellos, y reunir en comun repertorio el de ambos autores, acaso encontraríamos tan diverso estilo, tan diversa índole y forma entre ambos, que parece imposible que sean obra de una misma pluma. Además, sería demasiado aventurar el suponer que un judío perseguido y quemado en estatus por el santo oficio, escribiese comedias como las de *El vaso y la piedra*, *San Pedro y San Pablo*, *Santa Taz*, *San Antonio Abad*, *Santa Pelagia ó la loca del cielo*, *San Hermenegildo ó el rey mas perfecto*, *La escuela de gracia*, *La Margarita del cielo*, y otras varias de asuntos religiosos que fueron impresas y corren con el nombre de ZARATE; ni que en caso de hacerlo necesitase encubrir en ellas el suyo propio. Únicamente encontramos identidad en ambos repertorios en el título de la comedia *A lo que obligan los celos*, que creemos sean diferentes, puesto que no hemos visto mas que una de ellas.

Últimamente, y por lo que pueda contribuir á aclarar aquellas dudas, nos parece del caso consignar aquí, que por aquel mismo tiempo florecia otro poeta natural de Logroño, llamado D. Francisco Lopez de Zárata, persona cortésana y oída íntimamente al célebre D. Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, el cual entre otras varias obras líricas publicó un poema titulado *La invención de la cruz*, y una tragedia escrita con todo el rigor del arte, según la adverten-

C DE FEBRERO DE 1855.

(1) Véase los SEÑALES ARTÍCULOS de los dos años anteriores.

cia, estraña para aquel tiempo con que la acompañó, y titulada *Hércules Furioso*, obra no despreciable por cierto por su regularidad y buen estilo, aunque fría en demasía; y de este autor pueden ser también algunas de las otras comedias atribuidas á D. FERNANDO —Y también debemos hacer mención de otro escritor de que habla D. Nicolás Antonio, llamado fray Fernando de Zárate, natural de Madrid, maestro en sagrada teología y de la orden de Eremitas de Córdoba, que publicó varios discursos sobre asuntos religiosos, que pudieron ser tal vez los que condenara la inquisición.

Sea de ello lo que quiera, el repertorio que pasa por de ZÁRATE, está justamente colocado entre los buenos de segundo orden de nuestro teatro nacional, y aseguraríanle sin duda en él sus notables comedias tituladas: *La presumida y la hermosa*, *El maestro de Alejandro*, *Quien habla mas obra menos*, *Antes que todo es mi amigo*, *Mudarse por mejorarse*, y alguna otra en que se observa intención dramática, verdad en los caracteres, y fluidez en el estilo, de que mas adelante ofrecemos alguna muestra.

De D. Antonio Enriquez Gomez, de quien habla la nota del señor de Castro, á quien D. Nicolás Antonio hace portugués, caballero de la orden de San Miguel, y residente en Francia, quedan muchas obras impresas en Burdeos y Ruan, como *La política angelica*, *La torre de Babilonia*, *El siglo pitagórico y vida de D. Gregorio Guadaña*, y *Las academias morales de las musas*, reimprimadas en Madrid en 1660, que contiene las cuatro comedias tituladas: *A lo que obliga el honor y duelo contra su padre*, *La prudente Abigail*, *Contra el amor no hay engaño*, *Amor con vista y cortura*, que tenemos también impresas en Burdeos, en casa de D. Pedro Lacour, en 1642. Ellas y las demás que conocemos de este autor, tienen por cierto bien escaso mérito, y no le colocarian bajo este nombre en el rango que le damos en el supuesto de ZÁRATE.

A continuación van las listas, que hemos formado separadamente, de los títulos de las comedias que conocemos bajo ambos nombres.

Hé aquí algunos trozos entresacados de las comedias de ZÁRATE, y que ofrecemos como muestra de su estilo.

En la titulada *Mudarse por mejorarse*, hay el siguiente cuento, que no carece de gracia.

«Paréceme á un toledano de quien era holgarse el norte, que á unos toros fué á la corte de su César castellano. Eran los toros un día, sucesor, al parecer, de otro en que al anochecer, él de Toledo partía. Tomó la posta, corrió toda la noche, y gozoso en llegando se fué al caso, donde con el sol llegó. Buscó lugar, dió el dinero por no aventurarse en nada, y volviöse á la posada que ya previno primero. Acostose á descansar, y tan buen sueño empezó, que á la noche despertó á volverse á su lugar: Donde sabiendo el demedo y el logro de lo temprano, le decian: Don Fulano, ¿tan mal se duerme en Toledo?»

En la titulada *El maestro de Alejandro*, se encuentra este gracioso diálogo, que aunque sumamente impropio en aquel lugar, da una idea de los artificios y afeites que usaban las damas en los tiempos del autor.

TABACO..... ¿Cuándo, Elena, cumples años?

ELENA..... Aun no los tengo medidos.

TABACO..... ¿Tienes cuarenta cumplidos? no me trates con engaños.

ELENA..... Aun no he visto sacar muecas en mi boca.

TABACO..... Eso es verdad; las mugeres de tu edad siempre buscan saca abuecas.

ELENA..... ¿No es mi cara muy perfecta?

TABACO..... Todas os poneis con vela, sobre la cara de abuela, cada día, cara nieta.

ELENA..... Infame, dime, ¿mi cara por ventura necesita del tocador?

TABACO..... ¿No te acuerdas cuando te hice una visita y le hallé con treinta botas, viene y cuatro redomillas, tres billetes de Guadix, seis garrafas y una arquilla, que te daban á la mano barro de alguna pescina, necesaria providencia de los cienos de Turquia, y que sacando Albayaldos, moro blanco de bugia, albañil de chimeneas, unas negras y otras tintas, te enjabegaste la cara, y al cubrirla por encima, dijo el rostro, buenas noches, por no decir buenos dias? ¿Y que luego salió á plaza el sebo, la frementina, el buen arrebol sin sol, la mostaza, las lamillas, la hiel de vaca, el piñon, el azúcar, el atincar, los costinos y los mates, los limoncillos, las guindas, el vinagrillo, los huevos, las almendras, las pepitas, el alcanfor, el carnero, avenate, cebadillas, raiz de lirio, miel virgen, dátiles de Berberia, ebollicas de azucena, vinagre, taragontina; y que de verte con tantas infernales sabandijas, tocaron á descomer el estómago y las tripas?

En la misma comedia hay una graciosa glosa de una elevada pintura de Madrid, que antes hace un galán, y puesta en boca del gracioso en los términos siguientes:

Es Madrid de pedernal, empiézase sobre un fuego muchos edificios dél, y acábanse sobre un censo. Son sus mugeres de azogue, son sus ventanas de almendro, son de azúcar sus galanes, son de vino sus tenderos, son sus tabernas de agua, de vinagre los deseos, las desventuras de aceite, las esperanzas de hueso. Por las galas de fiado las queridas de dinero, el amor de ratonera y la hermosura de queso. Son los gustos de disgusto, son las finezas de neclio, el agasajo de daga, lo agradecido de lugro. Son las lisonjas de todos, son los amigos de riesgo, son las verdades de nadie, son de envidia los ingenios. Lo fiel es de lo cristiano, lo demás todo es incierto: y el pan no es de cada día mas que en solo el Padre nuestro. Lo que es Madrid por de fuera ya lo viste en el bosquejo de mi amo; Nise, hermana, esto es Madrid por de dentro.

Ultimamente, de la linda comedia titulada *La presumida y la hermosa*, bien conocida aun en nuestra escena, y que mereció ser

traducida al francés, y acaso imitada por el gran Molière en *Les femmes savantes*, trasladamos la siguiente relación:

Yo, amiga, nunca reparo
si me llevo á enamorar,
en que mi dama sea noble;
como ella venga de Adán,
por línea recta me toca
para poderme casar.
Dígolo porque lo digo
y no lo digo por mas.
Yo te vi (Elena, cuidado,
porque te quiero pintar).
Tu crespo cabello en ondas
tendido de mar á mar,
trae remolcando á tus plantas
toda la India Oriental.
Son tus ojos unos ojos
que viven con claridad,
porque en diciendo te mato
al menor río allá vas.
Tu nariz con ser nariz
de fama tan singular,
en su vida fué sonada
ni pienso que lo será.
Tu boca, ¡Jesús, qué boca!
aun apenas sabe hablar,
y porque pide el clavel
hace estremos el coral.
Tus manos, de bofetadas
dieron á la nieve; mas
ella dijo: «manos blancas
no me pueden agraviar.»
Tu talla no tiene talla
de hacer á un vestido mal,
porque metes en cintura
la mas cruda libertad.
Tus piés, aunque no los veo
andar en puntos, tendrán
poco mas de seis no es,
y aun no han de llegar allá.
En tí no hay mas que decir,
que envanecer ni pintar,
pues lo mas será lo menos
porque no puede ser mas.
Yo, en efecto, estoy prendado
hasta el alma, y será
Narciso conmigo (es cierto)
un pícaro de cristal.
Ultimamente, yo quiero,
antes que pase San Juan,
por tenerlo bueno, darte
la mano de esposo. Ya
lo dije: amor lo confirme
aquí no hay sino casar,
porque sino no hay Don Diego
y hará medio año cabal.
Doña Elena de Mendoza
desde hoy te puedes llamar:
dotarete en veinte mil
ducados como en un real.
Esto se ha de hacer callando
sin que lo entienda Galvan,
aunque mis santas hermanas
se quejen de la hermandad.
Yo hice voto navegando
(y no es hablar de la mar),
de desposarme con una
doncella de caridad.
Que tú lo estarás, es cierto:
que lo eres hoy, no hay dudar;
que lo serás, ya se sabe;
que lo has sido, claro está.
Y supuesto que te ofrezco
ventura tan singular,
pues tienes entendimiento
cásate de voluntad.

COMEDIAS ATRIBUIDAS Á D. FERNANDO DE ZÁPATE.

A lo que obligan los celos.
Antes que todo es mi amigo.
Batallas (las) del honor.
Conquista (la) de Méjico.
Conversion (la) de la Magdalena.
Desgracia (la) venturosa.
Dos filósofos de Grecia.
Defensora (la) de la reina de Hungría.
Escala (la) de la Gracia.
Gran (el) sepulcro de Cristo.
Hermanos (los) amantes y piedad por fuerza.
Maestro (el) de Alejandro.
Médico (el) pintor, San Lucas.
Miras (las) de San Vicente.
Mudarse por mejorarse.
Margarita (la) del cielo.
Mayor mal hay en la vida.
Noble (el) siempre es valiente.
No hay mayor mal que casarse.
Palabra (la) vengada.
Piedad (la) por fuerza.
Presumida (la) y la hermosa.
Primer (el) conde de Flandes.
Quererse sin declararse.
Quién habla mas obra menos.
Rey (el) mas perfecto, San Hermenegildo.
Santa Pelagia ó la loca del cielo.
San Estanislao obispo.
Santa María Magdalena.
Santa Taz.
San Antonio Abad.
Tres (las) coronaciones de Carlos V.
Valiente (el) Campozano.
Vaso (el) y la piedra, San Pedro y San Pablo.
Vida y muerte del Cid.

COMEDIAS DE D. ANTONIO ENRIQUEZ GOMEZ.

A lo que obligan los celos.
A lo que obliga el honor, ó duelo contra su padre.
Amor con vista y cordura.
Contra el amor no hay engaño.
Fernán Mendez Pinto.
Jerusalén libertada.
No hay contra el honor poder.
Prudente Abigail (la).
Soberbia (la) de Nembrot.
Celos no ofenden al sol.
Lazo, banda y retrato.
No puede mentir el cielo.
Sufrir mas por querer menos.

R. DE M. ROMANOS.

EL PALACIO DE LOS ALMIRANTES.

Escúchame, viajero que recorres la tierra de nuestros abuelos en busca de los vestigios de la antigüedad, porque yo me he propuesto ser tu guía y Mentor en la comarca de Campos, y quiero conducirte hoy á ciertas ruinas que van desapareciendo á aceleradamente en su misterio y oscuridad. Démonos prisa, porque acaso si no sea ya tarde y hallemos tan solo un solar yermo y solitario. El tiempo y los hombres se disputan su presa con voraz emulación (1).

No te fijas, al llegar á la *Forum Gótica*, en el suntuoso arco que ofrece adulator ingreso á la vetusta ciudad. Pasa bajo su romano hemicycleo, y deja ese blason de las artes para otro día. No le pertenece el de hoy. Aparta los ojos tambien de la ascética mole del convento Seráfico; y no te fatigues en buscar con tu mirada incierta la puerta ojival, que unida á ese desmantelado murallón, y guarecida de bastiones y almenares, sirviera antaño de marcial pórtico á la codiciada

(1) Nuestro pronóstico se ha cumplido. El palacio de los Almirantes ha perdido su postrer vestigio. En el intervalo trascurrido desde la formación de este artículo á su publicación, ha caído su última piedra. Y hemos visto demoler la costosa portada, y reducir á polvo sus artísticos primores, y derrocar desde sus pedestales los hermosos leones, sin respeto al arte ni á la utilidad. Hoy, aquella elegante obra se ha convertido en una tapia horrible, que hace daño á los ojos y produce en el ánimo despreciable impresión.—N. del A.

plaza. Ven conmigo, sin mirar á los lados, sin preguntar nada, y colócate en frente de esa portada feudal, aunque te asuste su inevitable y perentoria ruina. No te apartes, porque su alzado se halla fuera de la perpendicular, y las grietas bien den de abajo arriba sus amarillentos sillares. El artista y el anticuario hacen frente á ese riesgo, como el soldado al plomo de las batallas. ¡Ese fué el palacio de los Almirantes!... ¡Eso resta de aquellos opulentos y condecorados señores!... Y de aquí a mañana quizá no quede otra cosa que el recuerdo tradicional en la confusa imaginación del vulgo. Pero no; ha de quedar algo más: quedará en el alhambra arqueológico del país la sombra impecadora de ese monumento, y las artes tendrán por mí en su registro

una página más. Después que pereza, se habrá salvado para la posteridad.

Desde la constitución del almirantazgo, en 1371, hubieron los señores de Medina de Rioseco de morar en la espaciosa fortaleza de la villa. No hay por entonces ni menos memoria de otra habitación. Además este juicio está conforme con la costumbre de aquellos tiempos, y con las condiciones del castillo, que era por demás idóneo para tal servicio. Así se coliga también de algunos sucesos históricos en que figuraron los almirantes, y cuyo teatro fué aquel imponente edificio.

La causa del establecimiento del almirantazgo de Castilla en la capital de Campos, consistió en haber adquirido el señorío secular



(Portada del palacio de los Almirantes.)

de ella D. Alonso Enriquez, primer poseedor de aquella elevada dignidad, por cesion que le hiciera Doña Juana de Castilla, hermana de D. Enrique de Trastámara, de quien la hubo en dote cuando contrajo matrimonio con un infanzon aragonés (2). A contar pues del D. Alonso y de su esposa Doña Juana de Mendoza, empieza la genealogía de los almirantes y la sucesion del mayorazgo señorial que fundaron sobre su sucesion titular, y que se transmitió segun del modo siguiente se ha podido investigar.

Primer almirante D. Alfonso Enriquez, casó con Doña Juana de Mendoza, y floreció de 1371 á 1426.

2.º D. Fadrique Enriquez, que fué esposo sucesivamente de Doña Teresa de Quiñones y Doña María de Ayala. Se ignora el año de su fallecimiento.

3.º D. Alfonso Enriquez, segundo consorte de Doña Teresa Enriquez. Cesó por los años de 1500.

4.º D. Fadrique Enriquez II, que hubo por mujer á la señora Doña Ana de Cabrera, condesa de Módica, y murió por el año 1530.

Volando el sucesor de este almirante, se constituyó el ducado por el emperador.

5.º Almirante y primer duque D. Fernando Enriquez, volado con Doña María Giron, y que ejerció por los años 1538.

6.º Id. y 2.º id. D. Luis Enriquez I, que floreció de 1538 á 1571.

7.º y 3.º D. Luis Enriquez II, que casó con Doña Victoria Colonna, y tenía la dignidad en 1585.

8.º y 4.º D. J. Alfonso Enriquez, por el año de 1621, marido de Doña Luisa Sandobal.

9.º y 5.º D. F. Gaspar Enriquez, en 1664; hubo por cónyuge á la señora Doña Elvira de Toledo y Ozario.

10 y 6.º D. Juan Tomás Enriquez, de 1700 á 1708.

En esta época el rey D. Felipe V. suprimió el almirantazgo, en castigo de la parte que el último dignatario tomó en favor del archiduque D. Carlos, cuando la guerra de sucesion. De aquí en adelante quedó solamente en la familia la sucesion ducal hasta el año 1797, en que muerto el poseedor, se entabló pleito de reversion del señorio de la ciudad á la corona. Resolviose la empeñada litis en 1857 contra los presuntos sucesores del último duque, declarando revertido el ducado, por cuya novedad la nacion tomó posesion de la fortaleza y demás pertenencias señoriales. Desde tal fecha por consiguientes cesaron los duques de nombrar ayuntamiento y de ejercer derechos jurisdiccionales.

Importante y elevada fué la dignidad del almirantazgo de Castilla, y muchos de sus poseedores desempeñaron notable papel en sus respectivos tiempos. Numerosos sucesos históricos comprueban que la casa de los Enriquez de Castilla era una de las primeras de la monar-

(2) Véase el artículo *La antigua Forum*.

quía. No tiene pues nada de extraño que sus dignatarios habitasen un palacio en su corte señorial.

Pero esto fué después de haber vivido como castellanos en su titular fortaleza, durante luengos y azarosos años. La construcción del palacio, fecha del siglo XVI, después de la guerra de las comunidades, fué el tiempo de mas representación y engrandecimiento para los almirantes. Llevaba entonces la dignidad D. Fadrique Enriquez II, uno de los personajes mas poderosos del reino, y grandemente adicto al emperador, que le dió lugar en la regencia triple, nombrada cuando su fatal viaje á la coronación. D. Fadrique abrazó con fanatismo la causa de los flamencos, y acaso nadie hizo mas en favor de aquel poder impopular, ni contra las libertades de Castilla. Aquí, en su ciudad, dió abrigo al odiado cardenal Adriano y los cesáreos corifeos;

y aquí estableció el cuartel general de los realistas, y aquí proporcionó á los enemigos de la comunidad el único punto de salvacion. Sin la posesion de Medina de Rioseco, el partido de la corte era perdido irremisiblemente. Y del almirantazgo salió, en fin, la instiga infernal, que acaso fuera el golpe de gracia para la santa causa de los pueblos, altados por sus leyes contra el desafuero liberticida, contra la extranjera dominacion y el nacional agravio.

Luego que sucumbió Castilla en los campos de Villalar, y que el gobierno hizo dismantelar las fortalezas de las villas y concejos, para desarmar los pueblos y reducirles á la impotencia, D. Fadrique hubo de abandonar la suya para adular al César con este alarde de respeto y ejemplar obediencia. Y de aquí la fabricacion de una nueva y digna morada, de aquí el origen del palacio señorial.



(Un incendio en el mar.)

Estendiase su planta desde el ángulo meridional del muro de la ciudad, hasta cerca de la antigua puerta de la calle Mayor, sirviéndole de punto de apoyo la cortina de fortificación. Lo cual prueba también que se edificó después de desarmar la plaza, pues de otro modo no se hubiera permitido edificar sobre la muralla, ni inutilizar la defensa de toda una línea. La forma y distribución de la obra no han llegado hasta nosotros. Por lo que marca la ruina, tuvo un cuerpo de arquitectura á lo largo de la muralla, y debió ser la parte principal de habitaciones. Quizá otra ala partía desde el ángulo interno é inferior de aquella, formando martillo en direccion longitudinal de la plaza de San Francisco, y constituyendo la fachada del alcázar. En el punto de interseccion de la escuadra, estaba la portada que damos en nuestro dibujo, y que desembocaba sobre el gran patio interior.

Su gusto es gótico decadente, pero aun tenia riqueza de ejecucion y finura de detalles. Ya lo ves. Un arco rebajado de grandes dobelas, flanqueado por dos foudos de tableros, y coronado con una greca extraña, sobrepuesto de un tramo liso de sillería menudá, en el cual se destacan dos leones corpulentos, encima de graciosos pedestales volantes, unidos por una guirnalda caprichosa, y terminado por un listón de sencilla bordadura, constituye el primer trazo del alzado. Hace el superior un cuadrilátero transversal, conido de una faja de escarolados, y tallado en toda su estension por escamas de poca relieve y prolija minuciosidad. Ornan este festonado dos medallones circulares, que por orla tienen coronas de la arca, y en cuyos centros hay escultadas dos figuras, en bajo-relieve, que representan guerreros armados de punta en blanco. Y entre ambas placas, sobre el centro del

lienzo, ostentase el gran escudo heráldico de los almirantes, con la corona ducal, el león de Borgoña y las águilas rapantes en sus flancos, con la bengala desmenuada entre sus garras; y el áncora suspendida de los cuernos. Y circuye el todo de la obra una gran cenefa de arabescos en forma de media caña, y con el vasto marino de aquel costoso cuadro de granito. Sobre la izquierda de esta fachada se nota un pedazo de muro, en el cual hay restos de la puerta que daba desde palacio entrada á la galería ó pasadizo de comunicación con el convento de San Francisco, situado enfrente, y donde se nota el arranque respectivo del primer arco. Lo demás no es otra cosa que escombros y desmoronamiento.

Ahora, viandante, aléjate de estas ruinas. Y si tornas algún día, no preguntes por ella. Pasa sin mirar, para no ver la profanación del arte y la fábula de la vanidad.

V. GARCÍA ESCOBAR.

UN INCENDIO EN EL MAR.

El segundo día de enero de 1832, un navio inglés, enteramente nuevo, salía del puerto de Southampton y se dirigía hacia *Chagres* con la mala de las Antillas y de Méjico. Era indudablemente uno de los mejores y más bellos buques de Inglaterra. Llevaba mil doscientas toneladas de carbón, considerables provisiones, y un cargamento completo. Los pasajeros ascendían á ochenta, que con la gente de tripulación sumaban ciento.

A los dos días de su salida, *La Amazona* había pasado las islas de Sicilia, habiendo hecho cuarenta leguas en la dirección de S. O. La noche estaba sombría, y el horizonte cargado de densas nubes que amenazaban descargarse de un momento á otro. A la una de la mañana, el piloto vió salir llamaradas de fuego por una de las escotillas de la proa, y dió al momento la señal de alarma. El capitán aparece al instante á medio vestir sobre el puente, dando las disposiciones oportunas para utilizar las máquinas, pero todo era en vano. El fuego hacía tan rápidos progresos, que fué preciso renunciar á toda esperanza de sofocarle.

Hubo por lo tanto que recurrir á las lanchas, acogiéndose á la primera veinticuatro pasajeros, y apenas empuñan los remos, cuando empieza á zozobrar. Apelan á una segunda lancha, pero mientras se está desatando, una ola la hiere con tal violencia, que la deja suspendida en los flancos de *La Amazona*. En este momento se ve en inminente peligro á una joven y hermosa mujer que tiene en sus brazos á un niño de catorce meses, y que convulsa, medio desnuda y desmeñada, optima contra su seno al hijo de sus entrañas, sin esperanza alguna de avercor. El incendio hacía rápidos progresos, y ya el terrible drama llegaba á su fin, cuando cediendo á los desesperados esfuerzos de algunas marinerías, se consiguió desatar el bote. Trece hombres de la tripulación y dos pasajeros lograron salvar á la infortunada madre, que la fiebre del delirio había sostenido hasta allí. La lancha estaba sin vela, y los marinerías se vieron precisados á despojar á la joven de una especie de sábana con que uno de los pasajeros la había cubierto. Se puso en el extremo del palo, ya para que la favoreciera impulsada por el viento, ya también para hacer señales y pedir socorro á algún buque que acertaran á divisar.

La posición de los naufragos era terrible; no tenían provisiones, estaban medio desnudos, llovía con mucha fuerza, y hacía un frío glacial. Todo el día vagaron á la ventura, y su muerte parecía inevitable á cada instante, hallándose entre dos enemigos tan implacables como son el hambre y la mar. Pero quiso Dios enviarles un socorro inesperado.

A las cuatro de la tarde percibieron el extremo de un mástil, y á fuerza de remos consiguieron aproximarse á él después de cinco horas de penosa navegación, recibiéndoles á bordo la galeota holandesa *Certrudis*, bajo las órdenes del capitán Fruteler. La hermosa joven, vuelta la vida, fué trasladada con su niño á la cámara del pequeño buque, y el resto de los naufragos se colocó sobre el puente.

Viendo el capitán Fruteler que sus provisiones no eran de ningún modo suficientes para alimentar á todos hasta Bayona, donde él se dirigía, cambia de ruta y se vuelve á Brest, siéndole honroso depositar aquí veintiséis naufragos. Luego se supo que en el momento del desastre se había lanzado al agua otra lancha con catorce marinerías y dos pasajeros. El piloto, el despensero, dos marinerías y un pasajero, habían sido bastante felices para desatar el bote y salvarse en él, logrando, después de correr grandes peligros, ser recibidos por el navio inglés *Marsden*.

Mas de setenta personas habían hallado la muerte en el incendio de *La Amazona*.

ROSALIA.

(Continuacion.)

—Mi amada Rosalia, me respondió él besando mi mano á través de los hierros de mi reja, cierto que eres noble y rica, pero desgraciadamente no tanto como yo. Mi casa, aunque muy lujosa, es pobre; y si ahora he adquirido un estado de opulencia asombroso, lo debe á una herencia que pertenece exclusivamente á mi hermano. Conozco el carácter de este; jamás me perdonaría un paso dado sin su consentimiento, de modo que me sería reducido á los escasos bienes incluidos en la cuarta parte de nuestro primitivo mayorazgo. Empero, no creas que rehúso sacrificarle mi fortuna, mas para esto hay tiempo; mi dicha no sería completa, si á par de mi mano no pudiese ofrecerte el rango y las riquezas dignas de ti y de tu noble ambición.

Estas y otras razones de Enrique, plausibles al parecer, me convencieron enteramente, y embriagada con las curvas alegrías del primer amor, no pude conocer si tenían algo de capciosas, así como tampoco el sentido de algunas de sus palabras que ahora me esplico claramente. A medida que pasaba el tiempo, notaba yo en el semblante de Enrique una profunda melancolía, y por último una noche me propuso que hoyese con él, dándome su palabra de unirse á mí en la primera ocasión oportuna, y que efectuado nuestro enlace se le participaría á su hermano, poniéndole con los colores de un compromiso en que mediaba su honor y mi palabra, no dudando que bajo este punto de vista hallaría mas disculpas á los ojos de aquel, atendiendo á la nobleza de su carácter, que si precediese el consentimiento de mi padre y demás formalidades acostumbradas.

Yo me resistí algun tiempo á abandonar los sitios donde había pasado mi dichosa infancia, mas ya comprendí que mi brevedad no fué eterna. Mi casa me era odiosa por las razones que ya os he dicho; Anselmo se me hizo insuportable; mi madrestra volvió á oprimirme con su mal humor, y en cuanto á mi padre, había ya mucho tiempo que era solo un autómata que se pliegaba á todas las exigencias de aquella. A todo esto debo añadir en mi abono, que nunca me asaltó la menor duda respecto á la buena fé de Enrique. Un noble no falta jamás á su palabra; Enrique era hermano de un grande de España, ¿podría faltar á la que me había dado?

Esta seguridad, grande en su misma inocencia, la idea de volver en breve á mi pueblo en un estado distinto, y la seguridad de mi amor, vencieron mi incertidumbre... ¡ah! ¡pluguera á Dios que no tuviese que acusarme de otros extravíos. Una vez resuelta, dejé á elección de Enrique la noche de nuestra fuga, y cuando llegó esta, no bien se halló recogida toda mi familia, salí por la puerta del corral de mi casa, donde me esperaba aquel, el cual había tenido la precaución de dejar el pueblo tres ó cuatro días antes para desvanecer las sospechas que nuestra desaparición simultánea pudiese ocasionar, y son indecibles las atenciones y cuidados que me prodijó durante nuestra fuga. A corta distancia del pueblo nos esperaba un criado con dos caballos; nosotros montamos en uno, siguiéndonos él en el otro; á las dos horas mudamos de monturas, y caminando con la mayor precipitación, llegamos en breve á la carretera de Francia, donde nos esperaba también una especie de tartana de cuatro ruedas tirada por cinco soberbias mulas, que apenas subimos á ella partieron como un relámpago; y por último, después de andar en mucho tiempo en un número de leguas, al rayar el día distinguimos una ciudad que Enrique dijo ser la de Pamplona, y dejándola á la derecha, tomamos un camino de travesía que nos condujo á una preciosa quinta que elevaba con suma gracia los cuatro elegantes miradores que la flanquean, y en cuyas doradas agujas reflejaba sus primeros rayos el sol.

No bien llegamos á la puerta, salió á recibirnos un hombre joven todavia, cuyo espeso bigote y el saludo que nos hizo, indicaban que había sido militar, y después que hubo leído una carta que le presentó Enrique, nos franqueó la entrada, así como tambien todas las habitaciones de la quinta, en la cual supo que nos detendíamos algun tiempo, experimentando una alegría indecible cuando me figuré la dichosa vida que íbamos á gozar luego que unidos para siempre no tuviese que avergonzarme de mi felicidad.

Al otro día de nuestra llegada á la quinta me dijo Enrique que iba á escribir á su hermano el marqués en el concepto de que ya estaba efectuado nuestro enlace, el cual le celebraríamos en Pamplona uno de aquellos días; y halagada con esta esperanza me entregué sin el menor recelo al amor y alegría que inundaban mi corazón... ¡ah, cuán bello fué aquellos primeros días, pasados casi todos en el jardín de la quinta, aspirando las auras de abril bajo un cielo ora limpio y sereno, ora ligeramente nublado, pero siempre hermoso y encantador!

Enrique, cada vez mas rendido y enamorado, apenas salía de la quinta, donde no vi mas criado que el que nos recibía á nuestra llegada, el cual nos traía de Pamplona la comida y cuando necesitábamos,

y esta soledad no era lo que menos me agradaba de aquel delicioso eden, en el que permaneci constantemente, limitando mis pasos al jardín, que estaba contiguo á mi habitacion.

(Continuará.)

FLORENCIO MORENO y GODINO.

QUEVEDO

á su colector y mi amigo

el señor D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.

ROMANCE.

Yo, que á este mundo de trampas
vengo escapado del otro,
Don Francisco de Quevedo,
salud á vivos y bobos.

Sabed que allá entre los muertos,
que es gente de mucho entono,
panza arriba como es uso
pasaba mis ratos de ocio.

Así acabé medio siglo,
y vi todo el diez y ocho,
al diez y nueve otorgando
su relleno de filósofos;

Contemplé la mitad de este
muy humano y filantrópico,
que en el polvo de su padre
iba levantando lodos;—

Cuando entré por mis orejas,
quita-soles de mi rostro,
la nueva de que en Madrid
pensaban venderme en tomos.

Púseme sobre mis pies,
que si uno es largo, otro es corto,
hice mi nariz caballo
y ginetes mis anteojos;

Y dejando á los que fueron
mis cofrades en el hoyo,
volví asomándome al mundo
á ser de los hombres prójimo.

Hallé la corte española
con menos cuerdos que locos,
muy diferente en la cara,
pero igual en el meollo.

Las casas hasta las nubes
con traje amarillo y rojo,
todas puertas y ventanas
como jaulas de palomos.

Muchas tiendas y carteles,
mucha gente, mucho estorbo,
el lujo por todas partes,
por todas partes el oro.

De osados y entremetidos
lentos carrozas y pórticos;
la virtud como en mis días,
poca y hundida en el polvo.

Allí, hablando en el lenguaje
del siglo décimonono,
andaban todos los tipos
que en mis escritos coloco.

Allí trocados los mantos
en papalinas y gorros,
los *responsos* en *chapines*
y los siglos de retorno.

Las niñas de la *sonsaca*,
lagartos de tomo y lomo,
gozaban nombre de ángeles,
que es adelanto notorio.

También hallé todavía
los maridos capricornios
llevando sobre la frente
los frutos de su consorcio.

Mis antiguos escribanos
tiénelos Dios en reposo:

aquellos de *pluma y olla*
son ya letrados y gordos.

Solo *alguacilan* corchetes
Semana Santa y el Corpus,
que el siglo los *salcaguardia*
con militares adornos.

Los porteros de la muerte,
precursores de *responsos*,
no llevan ya su talento
de una mula sobre el lomo:

Que dentro de lo que llaman
calesa, bombé ó birlocho,
con los que aplastan sus ruedas
logran enfermos muy pronto.

Ni tabernas ni boticas
hallé en las calles que corro,
mas vi con *cafés manchegos*
químicos laboratorios.

Diz que los hijos de Temis,
letrados por nombre propio,
son hoy retratos del hambre
y son de la muerte prólogos;

Que abundan por toda España
mas que los vagos y fósforos,
mas que en verano las moscas,
mas que en el Prado los tontos.

¡Oh difunto Gongorilla,
y tú, doctor PARA-TODOS,
si volviérades al mundo
cuál saltárades de gozo!

Vierais cien mil *literatos*,
rivales del mismo Apolo,
dueños de cales, tertulias,
coliseos y periódicos.

Vierais su prosa cultísima
y sus versos tenebrosos
en estilo SOLEDADES,
lleno de sangre y de lloros.

Mas calló porque no pueda,
hoy que entre vivos me alojo,
dar DE LA JUSTA VENGANZA
á otro TRIBUNAL enojos.

Y siguiendo con mi historia,
digo que apelé al socorro
de unas cajas sobre ruedas
con un letrado en el moño.

Como *velilla* en *linterna*
y enterrado entre los forros,
llegué, magullado el cuerpo,
de Palacio á los contornos.

Y pariéndome allí entónces,
subí escalones no pocos,
por ver al que piensa darme
puesto entre *Autores famosos*.

Era un hijo de aquel Daura
tan querido de los moros,
que á una *Higara* misteriosa
prodigó arrullos de tórtolo.

Los ojos con vidrieras;
barba y pelo de abalorio;
entre viejo y entre jóven,
y algo mas flaco que gordo.

Hallele forrado en *pruebas*,
envuelto en tomos de á folio,
nadando en mis pensamientos
y en los pensamientos de otros.

Calla callando llegueme
temeroso de alboroto,
pero él alzando la cara
me reconoció en lo cojo.

Y puestos en cruz entrambos
lentos de gusto y de asombro,
hubo abrazos á docenas,
gritos, risas y sollozos.

Allí me mostró mis obras
prontas á grabarse en plomo,
sin la máscara de erratas
que me vistieron no pocos.

Y lei todas las notas
con que me engalana pródigo,

que lo que el tiempo hizo oscuro
vuelven claro y luminoso.

Vi la lista de las veces
que, ya firmados, ya anónimos,
me mandaron editores
á viajar por todo el globo.

Vi un juicio de mis escritos
cual yo los quisiera todos,
y vi también una vida
en que al fin me reconozco;

Que en ella todo es Quevedo,
ya joven osado y loco,
ya en sus peligros de Italia,
ya en sus negros calabozos.

Tendrá defectos sin duda,
obra es de hombre y los perdono;
que un semblante con lunares
es á veces mas hermoso.

Salgan pues en igual forma
de mi musa los retozos,
que entre tanto huyo del mundo
y á mi sepulcro me torno.

José GONZALEZ DE TEJADA

Enero, 1835.

DEL POEMA INÉDITO

LA DESVERGÜENZA.

LAS PANDILLAS.

FRAGMENTO.

Antes que los *Raspallos* y *Prudones*
Emanipasen á la plebe hambrienta,
Bullian mil y mil asociaciones:
Una contra el incendio y la tormenta,
Otra para adobar alcarrones,
Ya para un banco, ya para una imprenta,
Ya para hallar filones de piritá,
Esta anónima, aquella en comandita.

Y pues al procomún sirve de base
Una en cada ciudad caja de ahorros;
Y pues ya cada oficio y cada clase
Fundá de mutuos sociedad socorros
(La Academia este hiperbaton me pase),
¿Por qué no ha de ser dado á ciertos zorros
Que alcabala no pagan ni laudemio
Formar también su respectivo gremio?

Júntanse pues en apiñado grupo
Para ofensiva y defensiva alianza:
Cada cual contribuye con su cupo,
O de chisme, ó de industria, ó de pujanza:
Tal que nada en su vida hizo ni supo,
Allí de ser omniscio el don alcanza:
Tal que era ayer mas tímido que un roto,
Es ya un Caupolicán dentro del corro.

Y si á la sociedad es tan nocivo
Solo un hombre protervo y petulante,
¿Qué será ¡oh Dios! un cuerpo colectivo
Hecho con levadura semejante?
Méno terrible el escuadrón argivo
Fué á las hijas de Priamo espirante;
Menos estragos hace la langosta
En la campaña de Écija ó de Amposta.

Una vez instalada la pandilla,
¡Ay del que no le rinda vasallaje!
Ella es la flor y nata de Castilla;
Negar su omnipotencia es un ultraje;
Si á Juan ensalza, es dios; si á Pedro humilla,
Apenas goza honores de bagaje;
De honra y de prez se arroga el monopolio,
Y á su orgullo es mezuquino el Capitolio.

Ninguno hace su propio panegirico
(Torpeza en que no incurre un escolástico),
Mas de otro socio al entusiasmo lírico
Es deudor de un capítulo encomiástico,
Que de paso dogmático y amprico
Al odiado rival hiere sarcástico;
Que tienen mucho aquel, muchas camándulas
Los que viven de intrigas y farándulas.

Para quien viste de su club la túnica
Todos los medios de medrar son licitos:
Ellos, aunque su fe sea la púnica,
Diz que el público bien buscan solícitos:
Ellos son la nación genuina y única,
O á lo menos sus órganos explícitos,
(¡Y no merecen ser ni aun los de Móstoles!)
Ellos de la verdad son los apóstoles.

Mas no hay humana industria, no hay oficio
Que esté exento de quiebras y percances;
No hay pecador tan diestro en su ejercicio
Que siempre sea próspero en sus lances;
Cuando es sabroso y pingüe un beneficio,
Todos van — ¡puto el postre! — á sus alcances.
Si una pandilla su pendón tremola,
Otro en opuesto campo se enarbola.

¡Allí es verlos lidiar con saña inmensa
Como un tiempo cristianos contra moros;
Allí en crujientes torrillos la prensa
Sudar la hiel de sus tiznados poros;
Allí para el ataque y la defensa
Apurar de su astucia los tesoros!
Y todo con el fin santo y honesto
De mejorar al hombre... Por supuesto.

Mas si dura la lid encarnizada,
El pájaro de cuenta duecho y cauto
Se prepara á probar la coartada
Con tretas de Aristófaues y Plauto;
O vendiendo á su propio camarada
Absuelto sale... porque compra el auto;
O contrito después del vapuleo
Clama: «¡Señor, pequé! *Me espontanco*».

Otros suelen garlar en dos corrillos,
A la vez capeletes y montescos,
Comiendo sin vergüenza á dos corrillos,
Y así gordos están como tudescos;
Mas si ambos los desechan como á pillos,
Tan tranquilos se quedan y tan frescos;
Y como odian la sierra y el escoplo,
De la trápala viven y del soplo;

Que en hombres de tal laya y tal estofa
Es condición ingénita y precisa
No dárselos de nada una alcachofa,
Mudarse la opinión con la camisa,
Hacer del *qué dirán* escarnio y mofa,
La palabra de honor tomar á risa,
Jurar, ya por Jesús, ya por Mercurio,
Y después hacer gala del perjurio.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

ADVERTENCIA. A causa de la premura con que se hizo el grabado, pasó desapercibido este signo DEL, que debia estar colocado entre la última figura de la segunda línea y la primera de la tercera, indispensable para su lectura: este signo, que debia representarse con letras sumamente pequeñas, quiere decir *delin*.

Un D. Quijote y un Sancho Panza harán celebrar eternamente el nombre del infeliz soldado, del desgraciado preso y el modesto cautivo. Las naciones todas han consagrado su admiración á la novela creada en el recinto de un calabozo de la Mancha. Así el nombre del que terminó su vida en una bubardilla, es tan tenido por justo como el de los Homeros, Horacios, y todos los que en la historia son célebres.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.